

Argentina:

de la crisis de 2001 a un nuevo presidente

Orlando D'Adamo¹,
Virginia García Beaudoux²
y Gabriel Slavinsky³

Antecedentes de la elección presidencial 2003 en Argentina

La renuncia del presidente Fernando De la Rúa el día 20 de diciembre de 2001, no sólo significó el final de La Alianza como proyecto político⁴, sino que ubicó al régimen democrático en su zona de mayor riesgo luego de la restauración democrática de 1983. La crisis institucional de inusitada gravedad esta vez no fue protagonizada por los militares, como era tradicional en la historia política argentina, sino por una movilizadora y demandante sociedad civil.

Esta crisis institucional trajo aparejado el severo problema de una cuestionable legiti-

midad para cualquiera que tomara las riendas del gobierno y estaba, además, enmarcada dentro de otra: una crisis económica de una hondura sin precedentes en la historia del país. El cargo de vicepresidente también se encontraba vacante desde la renuncia de Carlos Álvarez en octubre de 2000. Tal como lo prevé la Constitución Nacional, asumió la jefatura de la Nación el presidente provisional del Senado, quien convocó a una sesión extraordinaria de la asamblea legislativa en la que se designó a Adolfo Rodríguez Saá, gobernador de la provincia de San Luis. Durante su efímera presidencia, declaró el *default* - cesación de pagos con los organismos internacionales de crédito- ya que, a su criterio, debía darse prioridad a la situación de emergencia argentina. Renunció el 30 de diciembre de 2001, denunciando la falta de apoyo de gobernadores. Fue una renuncia con claras vistas al futuro, sabiendo que se presentaría a elecciones y competiría por un mandato legitimado por la ciudadanía.

El 1 de enero de 2002 asumió Eduardo Duhalde como presidente interino. Prestó juramento el primer día del año como quinto presidente de la Argentina en trece días. La sociedad civil estaba expectante y dominada por la incertidumbre. De perdedor electoral en 1999 a presidente, el ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires se ocupó, según sus propias palabras, de “apagar incendios”. Su mandato fue establecido hasta el 10 de diciembre de 2003 pero, pese a lograr una muy leve y tensa estabilidad social, le faltaba la le-

1 Universidad de Buenos Aires y Universidad de Belgrano, Argentina.

2 Universidad de Buenos Aires y Universidad de Belgrano, Argentina.

3 Universidad de Buenos Aires, Argentina.

4 La Alianza como fuerza política fue el producto de la unión de lo que, hasta ese momento, habían constituido dos partidos políticos diferenciados: la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente para un País Solidario (FREPASO). A partir de esa conjunción, a pesar de ser una coalición, la Alianza se presentó como un partido político en el escenario político y electoral, si se define al partido político como un grupo identificado por una etiqueta oficial que presenta candidatos a cargos públicos a las elecciones (Sartori, 1980).

gitimidad necesaria para continuar hasta la fecha fijada y se encontraba jaqueado por las presiones internas de su propio partido político. Todo ello lo obligó a adelantar las elecciones para el 27 de abril de 2003.

Pese a su carácter de presidente de transición, Duhalde tomó algunas medidas que cambiaron el rumbo de los acontecimientos: devaluación, “pesificación” de la economía y acuerdo con el FMI. Con la inclusión en el Ministerio de Economía de Roberto Lavagna, pudo concluir su mandato con relativa calma, controlar razonablemente las variables de la economía y generar los consensos mínimos que permitieran llegar a un proceso electoral, aunque con ciertas turbulencias y de alta complejidad: por primera vez el Partido Justicialista se presentó dividido y con tres candidatos diferentes.

La elección se configuró así como la única alternativa, en un momento clave, para definir el rumbo de una nación en crisis. Escenario de instituciones golpeadas y representantes políticos carentes de todo viso de legitimidad. En esas condiciones se arribó a la elección presidencial de 2003, veinte años después de iniciar el tránsito por la democracia. Los partidos tradicionales llegaron a esta última elección en las mismas condiciones que el electorado: divididos y fragmentados.

La situación del justicialismo fue la más paradigmática. Duhalde buscaba un candidato para poder auspiciar y volcarle los beneficios de su gran “aparato” político. Su objetivo era uno y claro: vencer a Carlos Menem. Inicialmente apoyó a Juan Manuel De La Sota - gobernador de la Provincia de Córdoba- y, finalmente, se dirigió a una de las pocas alternativas que le quedaban: Néstor Kirchner, gobernador de Santa Cruz, quien se había autoproclamado candidato meses antes.

El tiempo transcurría sin que se supiera si se realizaría la interna Justicialista. Duhalde sabía que si Menem ganaba la interna era altamente probable que tuviera que ponerle la banda presidencial. Menem, a su vez, conocía que la interna lo favorecería, ya que entendía que estaba muy afianzado entre sus votantes y

que dentro de su partido era muy fuerte. Marchas y contramarchas ocuparon las páginas de los periódicos, sin despertar el interés de la ciudadanía que miraba el capítulo de las internas como uno más que ponía en evidencia a una clase política más preocupada por sus propios intereses que por los del país. El Partido Justicialista realizó los congresos conocidos como “de Parque Norte” y “de Lanús” para definir si se convocaba o se rechazaba ir a internas. Finalmente, se vieron truncadas. El 24 de enero el congreso nacional del PJ las anuló y aprobó el sistema de *neolemas* mediante el cual autorizó a tres candidatos - Carlos Menem, Néstor Kirchner y Adolfo Rodríguez Saá- a participar directamente en la elección general.

Al mismo tiempo, en medio de una profunda y aguda crisis de identidad y luego del fracaso estrepitoso de la administración De La Rúa, la centenaria UCR debió articular elecciones internas para seleccionar su candidato. Ellas fueron las peores de la UCR en su larga vida política: agresividad, antagonismo exacerbado y acusaciones de fraude caracterizaron al proceso de selección de candidatos, a tal extremo que recién concluyó en marzo de 2003 cuando se definió el último distrito restante.

Además de los tres candidatos justicialistas y el radical, aparecieron otros dos protagonistas que adquirieron peso propio: Ricardo López Murphy, ex Ministro de Defensa del presidente De la Rúa y fugaz Ministro de Economía de su administración; y Elisa Carrió, también ex militante radical y comprometida en cruzadas anticorrupción ya desde el gobierno de Menem. Ambos armaron su propia estructura como actores ajenos a conflictos partidistas. López Murphy optó por una campaña fuertemente basada en el *marketing* político y en una hábil estrategia de propaganda. Por el contrario, Elisa Carrió eligió casi no hacer publicidad política, resumiéndola a esporádicas presencias en mítines y algunos pocos *spots* televisivos y afiches callejeros



Elecciones y campaña 2003

La crónica presentada se enmarca en un proceso que, en las últimas décadas, indica que en Argentina se ha producido una observable progresiva erosión de las identidades partidarias e ideológicas, que ya no actúan como determinantes del voto en la misma proporción en que lo hacían en décadas anteriores. De ese modo, se ha producido un “corrimiento valorativo que se verifica hoy en día en la red motivacional del voto” (Martínez Pandiani, 2001:81). Se registra un constante retraimiento del voto cautivo y un *in crescendo* del denominado “electorado volátil” o “voto flotante”, voto que cambia de sentido de elección a elección, de la franja de votantes independientes. Ello constituiría un indicador de que el voto de tipo partidario, aunque continúa existiendo, ya no resulta suficiente para garantizar el resultado final de las elecciones con el caudal del voto alineado, de base o mi-

litante. Si bien se continúa votando a los grandes partidos, no se lo hace de manera consistente. Como señala Rosendo Fraga, “los votantes son menos cautivos, son más independientes. Los candidatos importan más que los partidos. Hay un electorado que está más desideologizado y pensando más en soluciones concretas que en grandes principios” (en Fundación Konrad-Adenauer, 2000:44). El número de votantes estables declina y el voto comienza a depender de otras instancias, como la campaña o el candidato.

En términos generales, podría afirmarse que durante los primeros meses de la campaña para las elecciones presidenciales de 2003, el electorado demostró casi nulo interés por los comicios dado que se percibía a la elección como el espacio en el que el Partido Justicialista dirimiría su frustrada interna a nivel nacional. Pero la publicación de sondeos de opinión que indicaban que un tercer candidato, proveniente de otra fuerza política, tenía chances de llegar al *ballottage*, actuó como disparador del interés del electorado. Ese aumento del interés en ese contexto no debe sorprender: desde hace décadas son numerosos los estudios realizados en diferentes partes del mundo que avalan la hipótesis de que a mayor competencia partidaria percibida, mayor la probabilidad de obtener altas tasas de interés y participación en el proceso electoral (Milbrath & Goel, 1981; Agger, Goldrich & Swanson, 1964; McDonough 1971).

En Argentina es posible observar que en las elecciones recientes “los votantes han demandado bienes menos celestiales y más terrenos: estabilidad económica, honestidad pública, mejor educación y mayor seguridad” (Waisbord, 1996:220). En esa transformación cultural, los partidos políticos ven disminuida mucha de su capacidad de movilización, teniendo los votantes, cada vez más, a votar por -o en contra- de una persona en lugar de por un partido o programa (Manin, 1998). Dado el cada vez mayor peso de los votantes independientes, tanto los dos candidatos del PJ con chances de llegar a la segunda vuelta -Carlos Menem y Néstor Kirchner-, como el

tercero en discordia -Ricardo López Murphy-, pusieron a sus partidos a trabajar a modo de “*catch all*” (Kirchheimer, 1966, 1980), compitiendo por el centro ideológico del electorado, motivando una forma proselitista más centrada en personas que en partidos, menos apegada a doctrinas. En el caso de López Murphy, inclusive, su partido Recrear Argentina, creado sobre la hora y solo ocho meses antes de los comicios, podría calificarse casi de “partido virtual” o “partido *light*” (Mazzoleni, 1996: 200), esto es, como aquel tipo de partidos que apuntan a votantes sin vinculación, que cuentan con una red laxa de apoyos, que utilizan técnicas de *marketing* dirigido, realizan operaciones de encuestas generalizadas, apuntan cuidadosamente a los segmentos de votantes seleccionados, tienen un estilo profesional, hacen uso excesivo de la publicidad en televisión y de la imagen de su líder.

Los resultados dieron como perdedor al tercer candidato y dejaron en carrera a los dos justicialistas que encabezaban la intención de voto en las encuestas. La fórmula Menem-Romero obtuvo 24.45% de los votos, el binomio Kirchner-Scioli 22.24% y López Murphy-Gómez Díez 16.37%. De ahí en más, la campaña electoral correspondiente a la segunda vuelta con miras al truncado *ballottage*, dado que Menem decidió desertar faltando tan solo cinco días, se transformó en una *critical election* (Burnham, 1970) o elección que giró casi en torno a un único eje, que desplazó a un segundo plano a los demás *issues*: la división social “menemismo- anti-menemismo”.

Resultado de las elecciones y estilos de liderazgo presidencial

Siguiendo los principios vigentes en la Constitución, la renuncia de Menem al *ballottage*, fundada en los resultados de sondeos que lo daban como seguro perdedor de la contienda frente a una aplastante victoria de su rival, posicionó automáticamente a Néstor Kirchner como ganador de la elección y presidente

de la Nación. Diversos interrogantes se plantearon al considerar que el flamante mandatario había asumido con poco más de 22% de legitimidad si se considera el resultado electoral de la primera vuelta. El fantasma de la ingobernabilidad o ausencia de condiciones favorables para la acción de gobierno que dificultarían la actividad y capacidad gubernamental (Alcántara, 1994), parecía cernirse nuevamente y acercar al sistema político argentino. Sin embargo, los resultados de diversos sondeos de opinión realizados desde la fecha de asunción hasta la actualidad, revelan la presencia de muy altos niveles de optimismo en las expectativas de la ciudadanía tanto con referencia a la persona del presidente Kirchner como a la capacidad de su administración para gestionar

problemas centrales de la agenda pública y controlar las variables de la economía. La mayoría de las personas se manifiesta satisfecha con el resultado de la elección, avalando la presunción de que el nuevo presidente cuenta con una fuerte legitimidad a pesar del truncado final electoral ausente de *ballottage*. Asimismo, es significativa la cantidad de ciudadanos que opina que Kirchner será un buen presidente, lo que indica que cuenta también con una alta aprobación inicial y un muy buen nivel de imagen positiva⁵.

Aún cuando es prematuro definir el estilo de liderazgo de Kirchner, todo indica que habría un “estilo K”: aparece decidido a ocupar el centro de la escena política, ejecutivo y frontal. La Argentina, un país donde hay más jefes que líderes, aguarda con ansiedad y esperanza la definición del “estilo K”.



5 Ver, por ejemplo, los resultados del sondeo “Expectativas para la Argentina Asociadas al Nuevo Gobierno”,

Una importante variable que resta por develar es cuál será el estilo de liderazgo característico del nuevo primer mandatario. Si recordamos a los presidentes argentinos desde la restauración democrática, se perciben diferentes estilos de liderazgo. Alfonsín no logró superar el destino de casi todos los líderes transicionales: la misma transición que lideró terminó por devorarlo. Carlos Menem, carismático, transgresor, pragmático, tan audaz como frívolo, no escapó a la suerte de los líderes personalistas: generó el antimemismo que, una década más tarde, le pasaría una costosa factura. El liderazgo de Fernando De la Rúa podría definirse como ausente. Apenas fue presidente, nunca líder. Eduardo Duhalde rompió las reglas de la transición y si ella no lo devoró fue porque desde el inicio se definió como transicional. Fue el clásico “líder bombero” (Hermann, 1986) frente a un incendio; siendo su rasgo principal su capacidad de maniobra política, generar poder y consensos. Apagado el incendio, su liderazgo no se extinguió. Así llegamos al actual presidente, Néstor Kirchner. Aún cuando es prematuro definir su estilo de liderazgo presidencial, todo indica que habría un “estilo K”: aparece en estos primeros días decidido a ocupar el centro de la escena política, ejecutivo y frontal. Busca darse a conocer frente a un electorado que iba a votarlo más que a elegirlo, así como también enviar mensajes claros a ciertos actores políticos y estratégicos dentro y fuera de su partido, no sólo para mostrarse como un líder autónomo con la intención de desestimar las críticas que recibió durante la campaña que lo posicionaban como títere de Duhalde, sino también tratando de ocupar el lugar de iniciador de una diferente concepción de cómo hacer política. La Argentina, un país donde hay más jefes que líderes, aguarda con ansiedad y esperanza la definición del “estilo K”.

Junio de 2003

Centro de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano -COPUB-, en www.onlineub.com. También en *Diario La U*, 10 de junio de 2003, pp. 5.

Bibliografía

- Agger, Robert, Daniel Goldrich y Bert Swanson, 1964, *The Rulers and the Ruled: Political Power and Impotence in American Communities*, Wiley, New York.
- Alcántara, Manuel, 1994, *Gobernabilidad, crisis y cambio*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Burnham, Walter, 1970, *Critical Elections and the Mainspring of American Politics*, Norton, New York.
- Fundación Konrad Adenauer, 2000, *Trastienda de una elección. Campaña Presidencial Argentina 1999*, Temas, Buenos Aires.
- Hermann, Margaret, 1986, “Ingredients of Leadership”, en M. Hermann, editor, *Political Psychology*, Jossey-Bass, San Francisco.
- Kirchheimer, Otto, 1966, “The transformation of Western European party systems” en J. La Palombara, M. Weiner, editores, *Political Parties and Political Developments*, Princeton University Press, Princeton, N.J.
- Kirchheimer, Otto, 1980, “El camino hacia el partido de todo el mundo”, en K. Lenk, F. Neumann, editores, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona.
- Manin, Bernard, 1998, *Los principios del gobierno representativo*, Alianza, Madrid.
- Martínez Pandiani, Gustavo, 2001, *Marketing Político*, Ugerman Editor, segunda edición actualizada, Buenos Aires.
- Mazzoleni, Gianpietro, 1996, “Patterns and effects of recent changes in electoral campaigning in Italy” en D. Swanson, P. Mancini, editores, *Politics Media and Modern Democracy. An international study of innovations in electoral campaigning and their consequences*, Praeger, Westport, Connecticut.
- McDonough, Peter, 1971, “Electoral Competition and Participation in India”, en *Comparative Politics* No. 4, pp. 77-87.
- Milbrath, Lester y M.L. Goel, 1981, *Political Participation*, University Press of America, Boston.
- Sartori, Giovanni, 1980, *Partidos y sistemas de partidos. Vol. 1*, Alianza Universidad, Madrid.
- Waisbord, Silvio, 1996, “Secular Politics: The Modernization of Argentine Electioneering” en D. Swanson, P. Mancini, editores, *Politics, Media and Modern Democracy. An International Study of Innovations in Electoral Campaigning and Their Consequences*, Praeger, Connecticut.